EL PANTEON DE LOS UGARTE

por Daniel Tubau

8 de agosto

Mi nueva casa, como yo la quería, resulta inquietante. Apenas es un variación, que he tenido que reconstruir en gran parte. La casa se halla empotrada en la pared de un viejo cementerio abandonado. Aquí me siento bien. Hace más de trescientos años que no se usa el cementerio. Sin duda ya nadie se acordará de él, pues su localización, alejado de cualquier pueblo importante, entre valles, montañas y mesetas, hace muy difícil su acceso a cualquier visitante.

Me consta que este lugar sirvió, tiempo atrás, para cultos anticristianos, pues el cementerio y la casa misma están repletos de estatuas claramente satánicas: en cada esquina de la casa hay una estatua o gárgola. Estas imágenes son similares en todos sus detalles, excepto en el rostro: el resto lo componen un cuerpo alado, pero serpentino y sinuoso, unos pies cartilaginosos y una cola de pez. Algo así como el Satán que describiera el árabe Ibn-Nadim en «Fihrist».

17 de agosto

Hoy he hablado con el administrador. ¡La casa ya es mía! He comenzado a indagar sobre el lugar y he descubierto que hace tres siglos se desarrollaron en el cementerio siniestros alquelarres a la luz de la luna. La Inquisición intervino y numerosos brujos y hechiceras acabaron en la hoguera. Es realmente extraño, pero he encontrado en varias bibliotecas libros que hablan de este lugar y donde se mencionan extraños pasadizos que recorren el cementerio y que llegan a lo que antes fuera una ciudad medieval que hoy se encuentra en ruinas. Tengo que visitarlas, pero no sé exactamente el lugar donde se encuentran. ¡Si encontrara el pasadizo!...

23 de agosto

Estoy obteniendo informes realmente sorprendentes: hace cincuenta años alguien adquirió la casa en la que yo vivo ahora y, desde entonces, nunca se supo más de aquel inquilino: desapareció. Incluso lego vinieron varias personas a buscarle. Sin resultado. Nada suyo fue jamás hallado: ni ropas, ni libros; nada. ¡Como si nunca hubiera existido! También desapareció su hijo años después. Parece como si una maldición persiguiera a aquella familia, pues nunca se volvió a ver a ningún Ugarte. Desde entonces, nadie se atreve a visitar estos parajes y cuentan los

lugareños que las brujas todavía habitan en sus tumbas y que en las noches lunares asaltan a los desconocidos e intrépidos viajeros arrastrándoles a los negros abismos. Según esta teoría los Ugarte fueron víctimas suyas. Naturalmente yo no creo en esas supercherías, aunque pienso que puede ser un buen tema para mi novela.

24 de agosto

El ambiente es realmente propicio para la inspiración. Pienso escribir una novela sobre la familia Ugarte. Será inquietante y sangriento. Justo lo que desean mis lectores.

3 de septiembre

La novela avanza rápidamente. Estoy convencido de que será un éxito. Mi retorno a los lugares de origen… Escribo de noche, en el cementerio. Confieso que siento miedo, más eso es lo que pretendo. Cuanto más miedo sienta más terrorífico resultará el libro.

El día veintiséis fui a procurarme lectura a la ciudad. Llegada la noche y por avería del destartalado autobús que me deja de vuelta a cuatro kilómetros del cementerio, me quedé a pasar la noche en la ciudad. Cuando, a la mañana siguiente, volví a mi casa la encontré toda revuelta, mis papeles descolocados, los muebles en desorden y los utensilios desparramados por el suelo… Supongo que todo ha sido obra de un gato o animal similar que, aprovechando mi ausencia, se introdujo por una de las ventanas abiertas.

8 de septiembre

Hoy el día ha amanecido claro y soleado tras una noche fría y húmeda en la que la niebla impedía ver a más de diez metros.

10 de septiembre

En estos últimos días vengo observando un curioso fenómeno: cuando por la noche conecto mi radio de transistores sucede algo que me inquieta, al emisión desaparece a cortos intervalos de tiempo y, en su lugar, so oyen voces ininteligibles que susurran extraños cánticos cuya letra me es imposible descifrar. Estar tarde iré a la ciudad para comprar un magnetófono. Con él creo que podré grabar las voces y, de esta manera, intentar posteriormente descifrarlas. Podría tratarse simplemente de una emisora extranjera, ya que los cánticos me recuerdan vagamente las letanías musulmanas, pero dudo que aquí se puedan captar emisoras tan lejanas cuando ya es difícil sintonizar las emisoras locales.

12 de septiembre

Ayer pasé la noche en vela intentando sintonizar los cánticos, pero sin resultado alguno. No oí nada anormal. Naturalmente preparé la grabación a micrófono abierto y con dos cintas. Me acosté desalentado, pero esta mañana, al volver a pasar las cintas, me encontré con que los cánticos aparecen efectivamente grabados. Me resulta sorprendente porque ayer yo no escuché absolutamente nada. ¡Rompo una lanza a favor de la psicofonía!

13 de septiembre

El cántico grabado es muy breve, pero como se repite una y otra vez, he podido descifrar al fin estos sonidos: «¡läaz! ¡laat! ¡Astur, Astur, Cz´ syakz ´ vulgthmm, vutlagz mn´vulguthmm! ¡Ai! ¡Ai-! ¡Astur!» Sé que he leído en alguna parte algo muy parecido y, buscando en mis libros, he encontrado una plegaria muy similar. ¡Dios mío! ¡Es un canto universal, un canto destinado a extraños seres que, según parece, se recoge en el NECRONOMICON, de Abdul Alhazrel, libro de cuya autenticidad dudé, como otros muchos, hasta que supe de la edición de Camilo Días en 1667 –en gallego– y de las menciones del libro por parte de meigas tan renombradas como María Sabina y Catuxa de Portela. Estoy trastornado. Acabaré creyendo en las potencias infernales. Pero no, no puedo admitir semejante patraña, es más razonable pensar que soy yo mismo, mi mente, la que ha grabado esas palabras. ¡Se sabe tan poco de la fuerza de la mente humana!

Mañana es noche de luna llena. Pienso llegar hasta le fondo de este misterio. Hoy me acostaré pronto con el fin de poder mantenerme en vigilia la noche de mañana.

14 de septiembre

Anoche tuve una espantosa pesadilla. Soñé que alguien se acercaba a mi lecho, sentía su presencia y no podía verle. Se acostaba sobre mí, hundiéndome las costillas bajo su peso. Intenté moverme, pero no podía. Tampoco hablar. Ni, a pesar de mis esfuerzos, abrir los ojos. ¡Estaba paralizado! Unas manos apretaban mi garganta y no podía respirar. Era como si la vida se me escapara mientras aquel se vertía sobre mí su fétido aliento. Entonces desperté. El libro que dejé sobre la mesilla de noche había desaparecido y, por más que he buscado y rebuscado, no he conseguido hallarlo. Ahora noto como si me siguieran, siento algo detrás de mí; un aliento en la nuca que me hace estremecer… pero, cuando me doy la vuelta, no veo nada ni a nadie detrás de mí. ¡Se acerca la noche!

15 de septiembre

Ayer pasé la noche en el cementerio. Llevé una linterna y abundante lectura. Descubrí, también, algo extraordinario: una serie de lápidas que se hallan todas en un mismo panteón y que nunca antes había visto. Todas llevan el apellido Ugarte. La primera corresponde a Juan Alonso de Ugarte y la fecha de nacimiento y del óbito son, respectivamente, 1562 y 1612. Justo al lado de esta lápida, en una gran cripta marmórea, puede leerse: «Descanse en la paz del profundo vástago de la creación Alonso Martín de Ugarte, nacido en 1610». No figura la fecha de la muerte. La siguiente tumba era de un Ugarte que había vivido de 1640 a 1698 y bajo esta inscripción conmemorativa se leía: «Ya el polvo es carne, pasó la tercera generación de las potencias oscuras y ninguna descansará». Me hallaba reclinado sobre la siguiente tumba cuando a mis oídos llegaron grotescos sonidos al tiempo que la tierra de ésta se removió y un viento frío, procedente de la fosa, bañó mi rostro. No sucedió nada más. No escuché ni vi nada en toda la noche porque allí, sobre la tumba, fui vencido por el sueño.

17 de septiembre

Ayer no pude escribir mi diario debido a la alta excitación que me dominaba. Las pesadillas no me dejan un momento de tranquilidad. Sé que ya alguien me vigila y sigue mis pasos… Recuerdo que intenté

abandonar el cementerio y volver a la ciudad, pero no pude. Aunque lo deseaba con toda mi alma, me era imposible. Estaba atado y no podía escapar.

23 de septiembre

¡Ayer vi su figura! No sé ya si en sueños o en la realidad. Estaba de nuevo sobre mí. Sus manos –si pueden llamarse manos a aquello– eran viscosas, goteantes, se derramaban sobre mi rostro como gelatina, se introducían en mi boca, corrían por mi garganta. Quise vomitar pero no pude. Mi estómago daba saltos intentando expulsar «aquello» de mi cuerpo. Y de pronto, «aquello» se fue. Me incorporé del lecho y comprobé –como me temía– que nada tangible o visible se encontraba en la habitación. Me dirigí hacia un espejo y observé que mi rostro no estaba manchado por la gelatina. No obstante, sentía en todo mi cuerpo la asfixiante sensación de aquel repugnante ser. Todo él permanecía en mí.

29 de septiembre

Hoy, en el cementerio, algo me agarró del brazo y, aunque no vi que cosa pudiera ser, sentí su contacto. Me atenazaba arrastrándome hacia un lugar preciso: ¡el panteón de los Ugarte!

–¡Déjame, déjame! –grité enloquecido– ¡Suéltame! ¡Vete! ¡Oh, Dios mío, ayúdame!

Pero «aquello» no me soltaba y ni siquiera mis frenéticos rezos a un dios en el que nunca creí sirvieron para alejarlo. Me arrastraba, me atenazaba, vertía su aliento sobre mí…, pero yo no conseguía verlo, sólo sentía horror y asco.

Por fin, junto a una de las tumbas de los Ugarte, me soltó. Huí desesperado y me refugié en mi habitación. ¡Estoy perdido! ¡Me tienen atrapado!

3 de octubre

¡He de luchar contra ellos! Hoy es noche de luna llena. Llevo crucifijos y un libro de salmos y creo, además, que sé donde se encuentra el pasadizo.

4 de octubre

¡Es horrible! ¡Estoy perdido! Anoche hice dos descubrimientos en el cementerio: las últimas fechas del panteón de los Ugarte son recientes y, desde 1640, está grabado en todas ellas la frase: «… ya ninguno descansará». También hallé el pasadizo que se encuentra bajo la tumba de Alonso Martín Ugarte. Sus paredes son estrechas y húmedas y, descubrí además, que no es el único pasadizo. Observando por un orificio del muro pude apreciar que, paralelo al que me encontraba, existía otro pasadizo más amplio. Lo intenté, pero no pude acceder a él.

Desamparado, me arrastré como pude en busca de la salida (que presumía eran las ruinas de la antigua ciudad) y en seguida noté que «aquello» avanzaba a mis espaldas, me empujaba con complicidad de amigo y me tocaba con sus heladas manos. Parecía como satisfecho de mi acción…

El túnel era interminable. La humedad me calaba hasta los huesos y «aquello» seguía detrás de mí. Cuando volvía la cabeza con la intención de verle el resultado era siempre negativo. ¡No había nada! ¡Nada!

No sé el tiempo que transcurrió pero, repentinamente, divisé la luna llena sobre mí y «aquello» me abandonó. Quedé solo allí, entre las ruinas, y supe que algo terrible iba a suceder aquella noche. Y temblé cuando la luna se mostró en todo su esplendor porque fue entonces cuando innumerables e indescriptibles sombras corrieron entre las ruinas entonando el cántico que tanto me había trastornado.

Agazapado tras una columna, y aun a sabiendas de que aquellos seres conocían mi presencia, pude observar a todos los monstruos que ante mí danzaban: deformes, con rostros malignos, alas de murciélago y lenguas de víbora, con pezuñas de macho cabrío, sucios, aceitosos, derramando sus nauseabundas sustancias unos sobre otros…

Avanzaron, entonces, dos figuras encapuchadas y la noche quedó en silencio y nadie se movió. El más algo de los encapuchados murmuró oscuras palabras que fueron coreadas por todos los demás y, volviéndose hacia donde yo me encontraba, exclamó:

–¡Cogedle! ¡Satán lo ordena! ¡El es el que ha de ser sacrificado a los dioses de las estrellas!

Escapé por el pasadizo con aquellos seres persiguiéndome y la risa del maligno sacerdote golpeándome el cerebro. Me seguían, me palpaban, me agarraban, me mordían y escupían sobre mí. Más no querían capturarme, me dejaban escapar, tan sólo me torturaban en espera del fin que me estaba reservado.

–¡Dios mío! –grité–. Si existes, si hay algo superior a estos demonios, ayúdame. ¡Ayúdame!

Me encerré en mi habitación y atranqué puerta y ventanas. Amontoné muebles a modo de parapeto y me armé con hierros y maderos…

Estoy enloquecido, quizá ya esté loco. Temo a la noche. Vendrán por mí cuando anochezca, cuando de nuevo huya la luz… ¡No! ¡Santo Cielo! ¡No me cogerán! ¡Dios! ¡No puedo controlar mi cuerpo¡ ¡Me manejan! ¡Voy a morir!

*** * ***

Sobre el altar, el cuerpo mutilado de un hombre estaba siendo regado con sangre de cabrito. Tenía los ojos desorbitados, una mueca de horror en su rostro. Horror indecible. Algo imposible de imaginar…

El encapuchado más alto invocó una oración demoníaca e un desconocido idioma y murmuró a otro encapuchado:

–Hijo mío, la obra que comenzamos hace medio siglo ha llegado a su fin.